

## 66° DÍA INTERNACIONAL DE LA COOPERACIÓN

*Por una economía al servicio del país con participación popular solidaria y justicia social\**

### “Dar lugar a una sociedad más justa, basada en la solidaridad”

*Floreál Gorini\*\**

Nos toca referirnos al lema de la convocatoria a esta celebración: “Por una economía al servicio del país con participación popular, solidaridad y justicia social”.

Comenzaremos por decir que la crisis que padece la Argentina no es tan sólo la consecuencia de un mal proyecto político y de un ineficiente equipo económico. La crisis argentina, que es integral y profunda, tiene causas estructurales que comprenden lo económico, lo cultural y lo político y alcanzan al plano moral de la sociedad. Tampoco es causa el atraso tecnológico; es mucho más grave: es la crisis de un sistema.

Es la crisis del modelo de país capitalista dependiente; del modelo que impuso la generación del '80 del siglo pasado, cuando la oligarquía se constituyó en clase dominante y consolidó, en su interés, la organización del Estado. Ello coincidió en el tiempo con el nacimiento del imperialismo en nivel mundial: la oligarquía nativa ligó entonces sus intereses al capital extranjero.

Ese modelo funcionó a la perfección hasta la década del '30. El país creció en todos los planos y ocupó un lugar destacado en la economía mundial, pero ello no quiere decir que fuera una sociedad justa y equitativa; por el contrario, fue socialmente muy injusta y políticamente fraudulenta. Había grandes sectores de la población en la miseria, en la desocupación, había atraso social y enfermedades endémicas. Se practicaba el fraude político, había corrupción, falta de democracia y se reprimían las ideas progresistas. Se encarcelaba a los nativos en Tierra del Fuego y se deportaba a los extranjeros. Pero sirvió bien a los intereses de la clase dominante; como se dice hoy, “sus cuentas cerraban”. La economía crecía y generaba cuantiosas ganancias: era una de las tasas de ganancia más elevada del mundo. Decimos esto, no sólo para recordar la génesis del capitalismo dependiente en la Argentina sino para mostrar, además, que un modelo socioeconómico injusto puede imponerse con el manejo político a un pueblo desunido.

Con ese modelo había acumulación e inversión. Pero esa inversión nunca alcanzaba la medida necesaria para generar la reproducción ampliada de la economía.

---

(\*) *Versión del discurso pronunciado el 2.07.88, en la celebración del 66° Día Internacional de la Cooperación.*

(\*\*) *Gerente General del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.*

La mayor parte de las ganancias emigraba por la participación que tenía el capital extranjero y por la evasión que hacían permanentemente los capitalistas nativos, especialmente la oligarquía. Pese a esa generación de ganancias, crecía, paradójicamente, la deuda externa. Salvo breves períodos, siempre fuimos un país deudor.

En cortos períodos, también se produjeron crecimientos en la actividad industrial y en la sustitución de importaciones, pero esos períodos -que hicieron pensar a algunos, era el camino de independencia económica- coincidieron con las dos grandes guerras mundiales, y se agotaron tan pronto las potencias imperiales superaron las etapas de posguerra. Esas etapas dieron la imagen de un país que se independizaba económicamente, pero era sólo una imagen de la realidad deformada por factores circunstanciales.

La realidad estaba presente en la estructura de un país que mantenía su carácter capitalista dependiente, con concentración en la propiedad de la tierra, manejo del comercio exterior por el capital extranjero e importante, y a veces mayoritaria, participación en los transportes, la industria, el comercio y las finanzas.

Téngase presente, por ejemplo, que en el Banco Central, creado en el año 1935, los votos que tenía en el directorio la representación del capital extranjero, superaban a los del capital privado nativo. También por ese entonces se concedió el monopolio del transporte de pasajeros de la ciudad de Buenos Aires al capital extranjero, despojando a pequeños empresarios argentinos. Eran los tiempos del pacto Roca - Runciman.

Ese drenaje de las ganancias, impidió una progresiva y real modernización del país: esa es la causa del atraso tecnológico. Ustedes saben que si no se reinvierte de acuerdo con las exigencias del desarrollo tecnológico en nivel universal, el país primero se estanca y después retrocede.

### **Los indicadores del atraso**

Esta situación continúa hoy y se agrava permanentemente, como lo demuestra claramente los principales indicadores:

- El producto bruto interno per cápita y el producto bruto industrial correspondientes al año 1967 son iguales a los del año 1970;
- El producto bruto agropecuario de 1977 es igual al de 1913;
- La inversión bruta interna de 1987 es igual a la de 1970;
- La participación de los trabajadores en el ingreso nacional, que fue del 45% en el año 1974, hoy es sólo del 28%, con graves consecuencias para el mercado interno.
- El 10% de la población se lleva el 44% de los ingresos. Para el consumismo de este sector están orientados los proyectos modernizadores.
- La contracara es que un 23% de la población -7 millones de habitantes- está comprendido en el índice de pobreza; es decir, no cubre sus necesidades básicas.

También son estructurales las causas de la inflación, la desocupación y la deuda externa (por eso no se resuelven con medidas monetarias).

Asimismo, son consecuencia de nuestra estructura socioeconómica la alternancia de gobiernos civiles y militares. Los golpes dictatoriales son necesidades de ajuste del sistema.

Pero debemos decir que superado el trágico período que significó la última dictadura militar, que profundizó el atraso y la dependencia, paralelamente a la siembra del terror y el dolor, hizo que importantes sectores de la sociedad argentina tomaran conciencia de las causas estructurales de nuestros problemas y muchos creímos que el restablecimiento del orden institucional traería apareado un ataque a fondo a esa estructura.

Sin embargo, no fue así. Vemos con decepción, una vez más, que un gobierno de formas democráticas, que alcanzó el poder con propuestas de transformación y cambio, no sólo persiste en el mantenimiento de esas estructuras, sino que las profundiza con la aplicación de una política que denomina de modernización.

## **Las expresiones del poder real**

Lo que ocurre es que el poder real sigue siempre en el mismo sector social, aunque cambien las figuras que ostentan el gobierno. Compararía a esa clase dominante con la trinidad de la religión brahmánica. Según ella Brahma, el dios, se expresa también en otros dioses, pueden ser Ziva, Vichnú u otras personas, distintas, entre sí y a veces enfrentadas; pero toda expresan el espíritu de dios Brahma.

Así son estos diferentes grupos políticos, militares o tecnocráticos que pasan por el gobierno: diferentes entre sí, se enfrentan entre sí, pero en su esencia todos expresan el interés de la clase social que domina a la sociedad argentina. Sus enfrentamientos son para tomar posiciones para producir ajustes, pero siempre, todo y todos dentro del sistema.

Esto ha sido dramáticamente así, salvo algunos pocos períodos de hegemonía popular siempre abortados por la aparición del poder militar.

El sistema capitalista desarrolla un poder económico de gran magnitud. Concentrándose permanentemente, divide a la sociedad en un polo de gran poder económico, reducido en cuanto al número de sus integrantes pero cada vez más poderoso, y en otro, popular, amplio en su composición, pero carente de poder por su dispersión.

El polo popular está muy estratificado en varias capas que hacen difícil su coincidencia aunque todas son víctimas del polo dominante, el cual explota políticamente esa estratificación y se aprovecha de ella. Ese poder económico controla la política, que no es más que la expresión concentrada de la economía.

No es el gobierno formal el que ordena el comportamiento de la sociedad: sólo es un instrumento. En realidad, es el poder económico quien a través del control que ejerce sobre el aparato estatal, dispone en su beneficio del comportamiento social. Y no sólo determina el aspecto económico, sino también el moral y las pautas culturales de la sociedad.

Establece como meta de cada hombre la persecución de su interés individual, haciendo creer que el progreso de la sociedad es el resultado de la competencia de los individuos en la búsqueda del beneficio personal. Se anulan así los principios de la solidaridad y de la justicia social, únicos sustentos de la convivencia en la comunidad, y se impone el derecho del poder económico.

Todo esto se expresa hoy en el llamado “Plan de modernización de la economía”, que consiste en consolidar la estructura del privilegio en nuestro país, e incorporar la

gran industria monopólica a la alianza tradicional conformada por la oligarquía y el capital extranjero.

Los mecanismos son los clásicos: permanente devaluación de nuestra moneda para facilitar las exportaciones y restringir las importaciones, apertura aduanera, mercado libre de cambio, disminución de la inversión pública, restricción crediticia, altas tasas de interés, disminución constante del salario real, aumento de las tarifas de los servicios públicos. A ello se agrega ahora la capitalización de la deuda externa.

Se niega el mercado interno, y se ignora que los períodos de mayor crecimiento de nuestro país se basaron sobre el impulso del mercado interno, incluso en condiciones de aislamiento internacional.

Al viejo modelo, se le agrega ahora la desregulación y privatización del sector público, con el pretexto de la ineficiencia de la empresa estatal, y se abre así el camino al capital monopólico en áreas estratégicas y de alta rentabilidad. La modernización aparece así como una propuesta tecnológica para servir al pueblo con más eficiencia técnica, pero en realidad sirve al gran capital financiero internacional.

Cabría preguntarse: ¿Por qué se elige este modelo? Ocurre que nuestra clase dominante, a partir de aquella alianza inicial, fue vinculando y entrelazando sus intereses con el capital financiero internacional; al mismo tiempo, la oligarquía terrateniente tradicional se vinculó con el sector industrial y financiero conformando hoy un solo bloque de poder económico. Este bloque de poder vació al país con el endeudamiento externo y liberó un fuerte proceso de concentración de capital al precio de una crisis profunda, que padecemos hoy, sumando a la crisis estructural y a la que transfieren los países centrales a los dependientes.

Esto los obliga a un nuevo pacto con el capital financiero internacional para que aporte financiamiento y tecnología. No es otro el motivo de los viajes del señor presidente y de algunos candidatos al exterior; pero el modelo agroexportador no alcanza para cerrar el negocio: por eso ofrecen las empresas estatales, reconocen la deuda externa y aceptan su capitalización y diseñan un nuevo modelo exportador.

Ante la crisis del sistema y el riesgo de perder su privilegio, pactan este nuevo acuerdo. Como socios menores del capital extranjero buscan salvar su parte, a costa del sacrificio del país y de su pueblo, porque el proyecto del capitalismo moderno - hoy menos que nunca y en ninguna parte del mundo- da para todos. Por eso en la Europa desarrollada pero con altos índices de desocupación, algunos sociólogos nos hablan de la sociedad para los dos tercios.

La marginación social de millones de argentinos pasa a ser parte de la nueva estructura, que incluye además la desaparición de millares de pequeñas y medianas empresas y la destrucción de las economías regionales; el proyecto modernizador margina estructuralmente a un amplio sector del campo popular.

La modernización propuesta es sólo tecnológica, carece de los principios éticos que deben ser la base de toda propuesta económica. Pese a lo injusto y a la carencia de contenido social de esta propuesta modernizadora, no podemos descartar que este proyecto se puede consolidar en el poder a través de diferentes variantes políticas. Hasta ahora no han conseguido -y por eso tienen dificultades políticas- que sus cuentas cierren, pero

pueden forzarlo y conseguirlo, consolidando así el proyecto. Como lo hizo en su momento la generación del '80 y lo hace hoy Pinochet en Chile.

## **Dos proyectos en pugna**

Un proyecto político o económico no cae por sí solo, como consecuencia de su injusta naturaleza intrínseca y su carencia de valores éticos y sociales. Cae sólo por la oposición que realice el pueblo que lo padece, un pueblo consciente de sus derechos y de su fuerza, en oposición a ese sistema basado sobre la explotación del trabajo ajeno, la especulación financiera y comercial, que genera el egoísmo, que propone el lucro y la acumulación individual como objeto de la existencia humana.

Nosotros los cooperadores creemos que sólo la solidaridad, la dignificación del trabajo y el respeto a todos los derechos humanos, políticos y económicos, dará lugar a una sociedad justa, que asegure la paz, la convivencia, el bienestar económico y la elevación cultural y moral de todos los hombres.

Para que la economía deje de ser un fin en sí misma y para que el hombre deje de estar a su servicios y en cambio la economía pase a servir al hombre -principio muchas veces proclamado pero nunca realmente practicado- es preciso establecer una sociedad que, en el marco de una democracia integral y participativa propugne la justicia social y la solidaridad como principios rectores para asegurar así la total vigencia de la libertad y de todos los derechos humanos.

En estos principios por los que venimos bregando, se apoya doctrinariamente la propuesta cooperativa que hicimos el 3 de julio del año pasado con motivo de esta misma celebración del Día Internacional de la Cooperación y que hoy queremos reiterar.

No es cierto que, como dicen voceros oficiales y altos funcionarios, no existan otras propuestas económicas, que sólo se reciban críticas a los que se hace y no se proponga nada nuevo.

Lo que ocurre es que no se quiere escuchar en otra sintonía, sólo se sintoniza la onda que viene del gran poder económico: léase Unión Industrial, Sociedad Rural, "capitanes" de la industria, F.M.I., Banco Mundial, bancos acreedores, etc.

Nuestra propuesta no es optimista ni pesimista, ya que estos términos sólo expresan estados de ánimo. Nuestra propuesta es realista, y es posible, porque se basa sobre el análisis científico de la valoración de los recursos humanos y materiales con que contamos.

¿Qué es lo que proponemos?

Nuestro país está despoblado, su densidad de población es de sólo 11 habitantes por Km<sup>2</sup> y tiene, consecuentemente, un reducido mercado interno. Se requiere entonces una política de población que permita un crecimiento planificado en niveles compatibles con nuestra extensión territorial y con la dotación de recursos naturales.

Nadie puede desconocer la importancia que la tierra tiene como fuente de recursos en la economía de cualquier país y ello adquiere especial relevancia en nuestro caso.

La producción de la tierra en nuestro país representa el 15% del producto bruto interno y participa en el 35% de las exportaciones expresadas en dólares. Sin embargo, sus posibilidades son muy superiores: lo que conspira contra un mayor rendimiento es su inadecuada explotación.

Proponemos una reforma agraria con amplio tecnológico y financiero, con alcances sobre la propiedad de la tierra. La tierra es un bien natural irreproducible y todos los bienes que necesita la economía humana surgen de ella. Es por lo tanto, como el aire y el agua, un bien social y, en consecuencia, no se puede dar valor absoluto al derecho de propiedad sobre ella. El derecho de propiedad de la tierra debe quedar supeditado al interés social.

No debemos olvidar que el poder político emana del poder económico. Cuanto mayor sea el poder económico del capital extranjero y los monopolios, mayor será nuestra dependencia y mayor será la explotación del pueblo.

Para adquirir aún más poder, y para cerrar el nuevo pacto con el capital extranjero, una bien orquestada campaña política ataca a las empresas estatales por su ineficiencia, con el propósito de que se las privatice.

Se ataca a las empresas del Estado pero no se ataca al Estado en sí mismo, a este tipo de Estado que es responsable de la administración de las empresas.

Lo que hay que cambiar es el contenido ideológico que nutre la actividad de este Estado.

Debemos impedir la política de privatizaciones que sólo beneficia a un grupo de empresas monopólicas -como las que están representadas en el "holding" estatal- y encarar el desarrollo de las empresas estatales con un criterio soberano e independiente, con participación popular para asegurar su eficiencia, en los sectores básicos de la economía.

Debemos promover, a través de medidas efectivas, el desarrollo e integración efectivas, el desarrollo e integración del cooperativismo y establecer mecanismos de promoción y fomento de las pequeñas y medianas empresas.

Se debe promover el desarrollo de las economías regionales.

Hay que limitar la acción de las empresas monopólicas en aspectos tales como fijación de precios y manejo de recursos financieros, para evitar que interfieran los objetivos del proyecto económico nacional.

Se debe descentralizar la administración pública y la de las empresas estatales.

Hay que encarar un desarrollo planificado de la infraestructura: transporte, comunicaciones, puertos y energía.

Tenemos que recuperar la autonomía de decisión sobre la política económica, es decir, no someternos al FMI o al Banco Mundial y terminar con los viajes de nuestros ministros para obtener la aprobación de sus planes. Analicen ustedes cuántas veces fue Sourrouille a informar al Parlamento nacional y cuántas a dar explicaciones al FMI y al Banco Mundial. ¿Dónde está la soberanía del pueblo?

Debemos definir el perfil productivo, sus ramas prioritarias y la especialización en función del interés social.

Es necesario promover una política de comercio exterior que diversifique los mercados de exportación otorgando prioridad al intercambio entre los países latinoamericanos y del Tercer Mundo.

La inserción argentina en el mundo debe hacerse en función de nuestros intereses y no de los planes integradores de las multinacionales.

No oponer el comercio exterior al mercado interno, teniendo en cuenta que el comercio exterior es, en todo caso, una expresión superior del destino del mercado interno.

El aprovechamiento de nuestros recursos materiales y humanos -en un país carente de auténtica moneda como el nuestro- debe ser abordado a través de la planificación, obviamente a cargo del Estado. Para ello es necesario el manejo soberano de la moneda. La vinculación entre la moneda nacional e internacional debe quedar a cargo del Estado.

Estos son los ejes de nuestra propuesta para liquidar la estructura socioeconómica dependiente y emprender el camino de la liberación.

En lo inmediato, y con el propósito de revertir la crisis profunda y prolongada, es imprescindible poner en marcha un programa de reactivación comenzando por determinar la deuda externa legítima e ilegítima, rechazando totalmente la última y, en cuanto a la primera, disponer una moratoria en el pago del capital e intereses por un plazo determinado por las necesidades del desarrollo económico y social del país.

Al proponer esto tomamos en cuenta, entre otros elementos, que organismos internacionales y nacionales han estimado en 30.000 millones de dólares los depósitos de argentinos en bancos extranjeros.

Encarar un plan de construcción de vivienda que apuntando a resolver el déficit habitacional sea a la vez reactivador del mercado interno. Esto debe ser parte de una planificación integral de la reactivación.

Hay que reestructurar el sistema bancario para posibilitar el manejo orientado del crédito y la regulación de las tasas de interés en función de las necesidades del programa reactivador, de un programa que privilegie la producción y no la especulación.

Debemos implementar una redistribución de ingresos que favorezca a los asalariados y sectores más postergados, al tiempo que reduzca drásticamente la inflación.

Hay que nacionalizar el comercio exterior a fin de eliminar las maniobras de sobre y subfacturación y proteger el valor de nuestras exportaciones. A este respecto debemos recordar que hoy, el 50% de las exportaciones agropecuarias está a cargo de 7 empresas, de las cuales 5 son extranjeras, mientras que el 50% de las exportaciones industriales la realizan 15 empresas, entre ellas 5 extranjeras.

Hay que realizar una reforma sustancial del regresivo régimen impositivo actual.

### **Una propuesta popular factible**

Para llevar adelante el plan que proponemos se requiere la organización y participación de los sectores populares.

Debemos constituir un gran movimiento nacional liberador que retomando las banderas y la voluntad sanmartiniana, impulse un desarrollo independiente armónico y con justicia social.

La democracia y la soberanía popular se asientan sobre un trípode: **independencia política, independencia económica, independencia cultural.**

Sin estos tres componentes, que están interrelacionados, no será posible asegurar la democracia y el bienestar de los argentinos. Ni la paz interior.

La propuesta cooperativa no es una utopía: ella es posible pues la Argentina cuenta con los recursos materiales y humanos para llevarla a cabo.

Esta propuesta es posible si sumamos a ella la voluntad popular abriendo amplio cauce a la participación.

Este proyecto es posible si le quitamos poder a los monopolios y a la oligarquía. Este proyecto es posible si se fomenta la cooperación.

Este proyecto es posible si no nos dejamos seducir por el verso eficientista y modernizador de los Terragno, los Sourrouille, los Brodersohn, los Canitrot, que es la versión cipaya de los vidrios de colores con que Colón sedujo a los aborígenes para luego colonizarlos.

Este proyecto es posible si comprendemos que a la Argentina justa y liberada la debemos construir los argentinos y si evitamos que los neocipayos consoliden la colonia modernizada.

Este proyecto es posible si se comprende que, sin desechar las bondades de la revolución tecnológica, se debe resolver prioritariamente la violencia social que significa la muerte por desnutrición y falta de medicamentos de un niño argentino cada veinte minutos.

Si creemos en el progreso social que es el avance técnico -científico unido a lo humano, que sólo se puede lograr en el marco de la liberación; no creemos en la revolución tecnológica que nos propone el candidato oficial que, desprovista de contenido social, sólo es el cambio de las cadenas oxidadas de la vieja dependencia por las cadenas doradas de la dependencia modernizada.

Permítanme recordar que en la celebración del Día Internacional de la Cooperación del año 1983, realizada en el Luna Park cuando aún no se habían realizado las elecciones que habrían de decidir las nuevas autoridades, dijimos: “La Argentina está en vísperas de un nuevo amanecer y cada amanecer trae una nueva esperanza; sería un crimen de lesa patria matar -una vez más- esta esperanza argentina”.

Esa esperanza murió. Lo lamentamos mucho, por los que claudicaron y por los que lo sufrimos. Pero el pueblo no muere nunca y tendrá otros amaneceres y con ellos vendrán nuevas esperanzas de justicia, de paz, de liberación. De nosotros depende, argentinos, que su concreción no esté lejana.

## “Fortalecer nuestros Cuadros, nuestros Dirigentes y nuestras Estructuras”

*Osvaldo Vitto\**

Consideramos que este nuevo aniversario del Día de la Cooperación, constituye un momento oportuno para reflexionar sobre la actividad actual de los Bancos Cooperativos, para evaluar en qué medida estamos cumpliendo con los objetivos fundacionales de nuestro movimiento y cuáles son las perspectivas que avizoramos a la luz de estas reflexiones.

El movimiento cooperativo de crédito adherido al I.M.F.C. está integrado en su mayor parte por Bancos Cooperativos.

Sin embargo, como muchos de los presentes recordarán, nuestro movimiento tuvo su origen en la creación y desarrollo de numerosas cooperativas de crédito.

Con el nacimiento del I.M.F.C. la creación de nuevas cooperativas recibió un poderoso impulso. Prueba de ello es que del escaso centenar de cooperativas de crédito existentes en 1958, apenas seis años después -en junio de 1966- se había alcanzado la cantidad de 1.000 entidades distribuidas a lo largo de todo el país. Estas llegaron a movilizar en conjunto el 10% de los recursos financieros totales y su rápido desarrollo tornaba virtualmente impredecible la posible evolución futura, de no mediar cambios en el contexto económico y financiero.

La concepción subyacente en la creación de las cooperativas de crédito era la de que el pueblo es capaz de autoadministrar sus medios de pago y sus ahorros, generando así el flujo de crédito necesario para la producción.

Se desterró así, en la práctica, la idea que las finanzas estaban reservadas para los grandes banqueros provenientes de las clases privilegiadas argentinas.

La actividad de las cooperativas estaba basada en firmes principios orientadores:

- La reversión en cada zona de los recursos generados en esa zona.
- La equitativa distribución de los fondos entre quienes lo generaron.
- El dinero de los argentinos en manos argentinas. Un principio que excede la actividad de las cooperativas y se proyecta como un principio fundamental, para afirmar la soberanía del pueblo y la independencia económica a través del manejo de sus recursos financieros.

La concepción del cooperativismo de crédito fue atacado desde su nacimiento por el capital financiero, es decir, por los personeros de la gran banca privada nacional y extranjera y de las empresas monopólicas.

Pero el vigoroso crecimiento del movimiento comenzó a preocupar más seriamente a estos sectores por dos razones.

---

(\*) *Vicepresidente Iro del Banco Credicoop Coop. Ltda.*

En primer lugar, por la participación concreta que las cooperativas de crédito habían alcanzado. Pero fundamentalmente, por su papel testimonial que demostraba en los hechos que el pueblo argentino era capaz de autoadministrar eficazmente nada menos que sus finanzas. Y tenían la proyección de este fenómeno tanto en los hechos como en las ideas.

Desde entonces, superado el momento inicial de sorpresa por parte de los sectores del capital financiero, se inició una campaña sistemática de ataque al financiamiento cooperativo basado en los principios de solidaridad y gestión participativa.

Sin el propósito de historiar en forma pormenorizada los hechos, describiremos los momentos fundamentales del ataque sufrido por nuestras entidades.

Bajo la dictadura de Onganía, en junio de 1966 se impusieron severísimas restricciones a la operatoria de las cooperativas.

De las 1.000 entidades de crédito existentes a mediados de 1966, apenas 400 pudieron llegar en funcionamiento al momento en que se restauró la endosabilidad y la compensabilidad intercooperativa, en diciembre de 1972, como resultado de una larga lucha del movimiento.

En 1976, con la nueva dictadura militar, se intentó dar el golpe definitivo al cooperativismo de crédito.

El anteproyecto de ley de entidades financieras de ese entonces contenía dos cláusulas:

- a) La prohibición de constituir entidades financieras bajo la forma cooperativa.
- b) La prohibición para las cajas de crédito cooperativas de operar con cuentas a la vista.

Nuevamente, bajo la orientación del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, se inició una campaña de movilización que tuvo como resultado la modificación del mencionado anteproyecto.

En la norma de facto finalmente sancionada (Ley N° 21526), si bien quedaba vedada a las cajas de crédito la posibilidad de operar en lo futuro en cuenta a la vista, se les otorgaba la alternativa de transformarse en bancos, manteniendo la forma jurídica cooperativa.

La orientación del Instituto fue impulsar la fusión de las cajas de crédito en bancos cooperativos, a partir del convencimiento que con las restricciones impuestas a aquellas, esas entidades encontrarían serias dificultades para seguir operando y mantener el vínculo con sus asociados.

Lo acertado de esa difícil decisión, se puso de manifiesto en la evolución posterior de las cajas de crédito que optaron por seguir operando como tales.

Hemos vivido, en consecuencia un proceso de transformación en bancos que no hemos elegido, sino que nos ha sido impuesto con el objeto de encuadrar la actividad cooperativa de crédito en una estricta normativa común a todos los bancos, desconociendo por lo tanto las características específicas de las entidades solidarias.

De todas maneras, el movimiento adherido al IMFC pugnó por mantener en los bancos cooperativos los principios fundamentales de las cooperativas de crédito, elaboran-

do modelos estatutarios tendientes a asegurar la participación de la mayor cantidad de asociados y evitar la centralización de las decisiones.

Como resultado del proceso de transformación se constituyeron 77 nuevos bancos cooperativos que sumados a los ocho preexistentes, llegaron a conformar un total de 85 entidades.

Los bancos cooperativos debieron desarrollar su accionar en un contexto económico y financiero totalmente adverso el cual no vamos a desarrollar aquí, ya que ha sido profusamente conocido y debatido en nuestro movimiento.

La política financiera fue definida como la “patria financiera”, es decir una política que beneficiaba a la especulación y al capital financiero, en detrimento de las pequeñas y medianas empresas y las economías regionales.

En este contexto económico financiero, basado en fundamentos ideológicos antitéticos con los de la banca solidaria, la banca cooperativa tuvo que luchar por su supervivencia, impedida de cumplir con sus objetivos fundacionales.

De los 85 bancos cooperativos existentes en 1979, hoy quedan sólo 49. Desde entonces han cerrado o fueron absorbidos 36 bancos cooperativos; 18 de ellos durante el gobierno constitucional.

En este mismo período, los bancos extranjeros pasaron de 17 a 32 y las cajas de crédito de 104 a 23.

Hoy el conjunto de bancos cooperativos capta el 8,3% del total de depósitos, el 3,8% del total de préstamos y el 6,4% del capital y reservas del sistema bancario. Una prueba de la concentración existente en el sistema, es que los depósitos colectados por el total de bancos cooperativos es equivalente a la suma de los depósitos de los Bancos Río y Galicia.

¿Cuál es hoy, compañeros, el contexto financiero en que debemos desarrollar nuestra labor?

La política financiera actual es un instrumento fundamental para el ajuste recesivo que imponen los organismos financieros internacionales.

Sus características principales son la restricción crediticia y las altas tasas de interés: estas son utilizadas para restringir la actividad económica en aras de una estrategia antiinflacionaria de corte monetarista, para generar mayores saldos de la balanza comercial con destino a los servicios de la deuda externa.

Simultáneamente, se utilizan las altas tasas de interés para provocar el ingreso de capitales de corto plazo y controlar la brecha entre el dólar paralelo y el oficial, intentan evitar que en un marco de escaso control oficial, crezcan las maniobras de sobre y subfacturación.

Es decir, la política financiera se utiliza con varios objetivos, menos el de contribuir a desarrollar la actividad productiva.

Por el contrario, con el actual costo del dinero, los préstamos sólo pueden servir para cubrir desfasajes financieros de corto plazo, utilizando los descubiertos. Ya no es posi-

ble pensar en la utilización del crédito con destino a la evolución y menos aún para la inversión productiva.

Más difícil es para las PYMES acceder a estas tasas de interés, ya que en muchos casos no pueden trasladar esos costos financieros a sus clientes.

Pero los efectos de la política financiera exceden el plano coyuntural, ya que está alentando y consolidando una formidable concentración a favor del gran capital local y extranjero.

Las grandes empresas cuentan con fuertes de financiación más baratas o subsidiarias tales como el Onlending, la capitalización de la deuda, préstamos a largo plazo de organismos financieros internacionales o de las casas matrices de las transnacionales, alquiler de títulos, etc.

Las empresas oligopólicas son además las principales colocadoras de fondos en el sistema financiero o en el festival de títulos públicos, o tienen sus propias mesas de dinero.

En el patio de la estructura bancaria, asistimos a un fuerte proceso de concentración y extranjerización del sistema.

Unos pocos grandes bancos están aumentando el número de sucursales, comprando las filiales de entidades con problemas, intervenidas o liquidadas. Estos bancos se lanzan a una agresiva campaña de captación del mercado minorista de depósitos y servicios y para ello están extendiendo rápidamente su estructura para formar un grupo de denominados “megabancos”.

Al mismo tiempo, se avanza en la desnacionalización del sistema. El hecho más notorio ha sido la extranjerización del banco privado más antiguo e importante del país -el Banco de Italia- que había superado incluso la crisis de 1890.

También se espera el traspaso de una parte del Banco Comercial del Norte y Español a bancos españoles.

En este marco, los bancos cooperativos ven totalmente desnaturalizada su actividad. Les resulta totalmente imposible cumplir con sus objetivos fundacionales.

En realidad, son utilizados como el conjunto del sistema financiero como herramientas al servicio de los programas de ajuste del FMI.

Los bancos cooperativos sólo pueden prestar el 40% de los fondos que reciben, y este 40% proviene de los fondos con mayor costo de captación.

El 60% restante es captado por el Banco Central a través de una variedad de encajes y activos financieros indisponibles para cubrir el déficit fiscal, generando en parte por la atención de los servicios de una deuda externa que está a cargo del sector público en más de un 90%.

Los bancos cooperativos son, entonces, boca de captación de recursos para atender las necesidades fiscales. Y cabe destacar que el 40% estable tampoco puede ser distribuido entre los asociados, ya que casi la mitad de ese monto debe colocarse en préstamos a otras entidades financieras o en letras telefónicas, ante la falta de demanda de crédito de los asociados a esas tasas de interés.

Por supuesto, esta situación no invalida todo el esfuerzo que los consejos de administración y las comisiones de asociados realizan para fortalecer las entidades y fundamentalmente expandir los nuevos servicios (Cabal, Plancoop y otros a instrumentarse) que son vehículos para contactar y resolver necesidades de nuevos asociados.

Pero la cruda descripción del panorama que hemos realizado, nos obliga a embarcarnos en una reflexión serena pero profunda acerca de nuestros objetivos, nuestros planes y nuestras perspectivas.

Esto resulta sumamente oportuno en el Día Internacional de la Cooperación, ya que los actos como el que hoy realizamos, los concebimos no sólo como una celebración festiva, sino fundamentalmente como un momento adecuado para realizar un balance de nuestra actividad y reflexionar sobre cómo avanzar hacia nuevas metas.

Nosotros, los cooperadores enrolados en la orientación del Instituto, no concebimos a las cooperativas como islas, marginadas de las leyes que les impone el sistema económico y social en que se encuentran inmersas.

Ya hemos puesto de manifiesto cómo nuestras entidades están fuertemente condicionadas por la política económica y financiera, la normativa del Banco Central y la competencia de la gran banca lucrativa.

Pero simultáneamente, concebimos a las cooperativas como una forma de organización y participación popular, capaz de erigirse en instrumento de defensa de los sectores populares frente a la agresión del capital monopólico.

También consideramos que pueden constituir plataformas de difusión y lucha por los cambios que nuestro país requiere para asegurar una democracia auténtica con participación, solidaridad y justicia social.

Todas las entidades cooperativas que se desenvuelven en el marco del sistema capitalista sufren, en mayor o menor grado, este proceso de desnaturalización y desvirtuación en su práctica de los principios cooperativos.

Desde nuestro punto de vista, el principio de la solidaridad en que se basa la cooperación, es profundamente antitético con las prácticas competitivas y expoliadoras que caracterizan hoy el régimen capitalista.

No es por eso casual que la Alianza Cooperativa Internacional haya elegido como tema central del congreso que mañana comienza en Estocolmo, el análisis de los valores básicos de la cooperación.

Se trata de una reflexión a nivel internacional, de los múltiples procesos de deformación de los principios de la cooperación, como consecuencia de las presiones de un medio económico y social que -como hemos señalado- es antagónico con esos principios.

¿Cuál debe ser, compañeros, nuestra respuesta ante este proceso objetivo, que escapa a nuestra voluntad, de desnaturalización de la función originaria de nuestras entidades?

Una posibilidad es reaccionar como lo hicieron algunos pueblos que, amenazados por la agresión externa, apelaron al recurso externo de arrasarse sus campos para perjudicar al enemigo.

Otra alternativa es la de fortalecernos en nuestra posición, fortalecer a nuestros cuadros, a nuestros dirigentes y a nuestras estructuras para denunciar y enfrentar esta agresión.

Tanto una como otra respuesta puede ser válida, de acuerdo a las circunstancias concretas. La situación actual de nuestro país se caracteriza por una profunda crisis económica, pero al mismo tiempo por la vigencia de las instituciones democráticas.

Somos conscientes que existen también falencias en el propio funcionamiento del régimen democrático, derivadas de la insuficiente participación popular y de limitaciones al ejercicio pleno de los derechos humanos. Sin embargo, valoramos profundamente las posibilidades de debate y difusión de las ideas y participación popular, abiertas por la recuperación de la democracia.

En este marco, crecen las posibilidades de desarrollar en el seno de nuestra masa de asociados la conciencia y la disposición a actuar para producir los cambios en materia económica y social, destinados a lograr un desarrollo independiente y pleno del país, el cual a su vez creará las condiciones para la expansión y desarrollo de nuestras entidades cooperativas.

Para ello, es preciso en primer lugar llevar claridad sobre las causas profundas de la actual crisis económica y, en segundo lugar, sobre los caminos necesarios y posibles para superarla.

Es cierto que es una tarea difícil, debemos participar de una batalla ideológica donde los medios de comunicación masivos tratan de ocultar las verdaderas causas de la crisis argentina, desarrollando campañas sistemáticas sobre temas tales como las bondades, de una supuesta modernización, el desprestigio del Estado y sus empresas, y la imposibilidad de adoptar medidas soberanas en torno al endeudamiento externo.

Por eso, debemos buscar formas apropiadas para poder transmitir y convencer con nuestras ideas, como lo estamos haciendo con los seminarios, mejorando la utilización de los medios de comunicación audiovisual, etc.

Al mismo tiempo, debemos estrechar los contactos y vinculaciones con otros sectores populares de modo de aportar al debate y enriquecer nuestras propias ideas, a la vez que nos permite nuclearnos con quienes están interesados en transformaciones profundas en nuestro país.

Compañeros, está claro que aún con las limitaciones y condicionamientos que soportan nuestros bancos cooperativos, debemos seguir empeñados en consolidar y hacer más eficiente desde el punto de vista operativo a nuestras entidades.

Debemos ampliar y mejorar los servicios, como fuente de rentabilidad y como instrumento para ampliar y fortalecer los lazos con nuestros asociados.

Sin este requisito, las mejores intenciones sobre el desarrollo del movimiento social en nuestras entidades serían irrealizables.

Debemos al mismo tiempo reconocer, estimular y capacitar el enorme potencial humano y solidario constituido por nuestras comisiones de asociados.

Estas comisiones son el reflejo vivo de la naturaleza participativa y democrática que caracteriza a nuestras instituciones.

Compañeros: en el Día de la Cooperación convocamos a los asociados y dirigentes a redoblar los esfuerzos para fortalecer a nuestras entidades, incorporar nuevos cooperadores y estrechar los vínculos con los actuales, en pos de transformar cada vez más a nuestros Bancos Cooperativos en herramientas al servicio de la consolidación de la democracia y el logro de la liberación nacional.



66° Día de la Cooperación. Acto en Buenos Aires 1/7/88



66° Día de la Cooperación. Acto en Rosario 1/7/88

# “Dos Opciones del Cooperativismo: Adaptación o Lucha”

*Meyer Dubrovsky\**

La celebración del Día Internacional de la Cooperación tiene para nosotros, cooperadores nucleados en el Instituto Movilizador, el significado de una reafirmación principista.

Es una fecha en la que hacemos una pausa en nuestra labor cotidiana, para reflexionar sobre el camino recorrido y lo mucho y trascendente que aún nos queda por hacer.

Sobre todo, es un momento propicio para exaltar los mejores valores del hombre, estimular la solidaridad y contribuir, a través de ella, al desarrollo de la actividad económica en función social.

Es, también, un encuentro necesario para retemplar nuestras convicciones y continuar, con más entusiasmo y más energía, la patriótica tarea que hemos iniciado hace ya treinta años.

## **Compañeros**

En una rápida recorrida por los grandes temas que nos preocupan e interesan en nuestra doble condición de ciudadanos y cooperadores, quiero centrar la atención, en primer lugar, sobre el panorama mundial de nuestros días.

Hay, indudablemente, un hecho que sobresale y nos alienta. Me refiero a los pasos dados hacia la paz y el desarme, a partir de los encuentros cumbre entre las máximas autoridades de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por primera vez, desde el inicio de la era nuclear y la carrera armamentista, se han formalizado acuerdos para la reducción del arsenal atómico, y si bien porcentualmente aun es pequeño, lo cierto es que marca el inicio de una nueva etapa para la humanidad.

Por ello, en la declaración del Instituto que acaba de ser leída, destacamos muy especialmente el significado de estos acuerdos.

Es que los cooperadores, abanderados en la lucha por la paz, sabemos que para salvar y transformar el mundo, lo primero es evitar la destrucción del género humano y de toda forma de existencia sobre la tierra.

De allí que la lucha por la paz -implícita en la esencia misma de la cooperación ocupa el centro de las preocupaciones del movimiento en el plano internacional.

Pero sabemos también, que la condición para asegurar la paz es terminar con las injusticias sobre la tierra.

No es concebible la paz sin desarrollo, sin independencia económica, sin democracia con participación, sin justicia distributiva, sin relaciones de equidad entre las naciones. Al respecto, permítanme evocar las palabras que pronunciara nuestro querido y recordado Amero Rusconi en una celebración como esta, precisamente el 2 de julio de 1972, hace apenas 16 años.

*(\*) Consejero del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y Presidente de la Comisión Asesora de la Filial Bs. As., del IMFC.*

“La humanidad -dijo Don Amero en aquel entonces- atraviesa momentos difíciles y de incertidumbre como consecuencia de estructuras sociales que impiden poner al servicio del hombre todos los beneficios y dones que la naturaleza y la inteligencia humana permiten producir en nuestra época”.

“Así -continuaba Rusconi-, coexisten el hambre con el despilfarro y el lujo; así tenemos simultáneamente la alta capacitación intelectual con la más oscura ignorancia, las más avanzadas conquistas tecnológicas junto a las más primitivas formas de vida. Todos este desequilibrio que configura injusticia y violencia -afirmaba Don Amero- es caudado por esa estructura social que no tiende a elevar la condición humana sino a someterla, a quitarle sus virtudes para convertir a las grandes mayorías en simples instrumentos del enriquecimiento de las minorías que los sojuzgan”.

Es por ello -y así lo expresamos en el documento sobre los valores básicos de la cooperación que nuestros delegados acaban de llevar al congreso de la Alianza- que el movimiento en el orden mundial, y los cooperadores en particular, deben concertar sus esfuerzos y multiplicar su acción por la distensión y el desarme total, por la convivencia fraterna entre los pueblos, por el respeto a la autodeterminación, contra la guerra y el armamentismo.

En este sentido, nuestro Instituto tiene una honrosa tradición, manifestada a través de una constante labor esclarecedora y mediante la participación en organizaciones como el Llamamiento de los Cien para Seguir Viviendo, en cuya representación asistió el doctor Alberto Rezzónico a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Desarme y Desarrollo.

Además y muy especialmente, estamos convencidos que contribuimos a la causa de la paz trabajando por un orden social más justo en nuestro propio país.

Dentro de este panorama mundial, quiero referirme sucintamente a la situación del Movimiento Cooperativo y de su máximo organismo, la Alianza Cooperativa Internacional.

Recordemos, primeramente, que la Alianza se fundó en Londres, en 1895. Durante muchos años, el movimiento nucleado en ella estuvo dirigido y orientado por el cooperativismo europeo, más concretamente por el inglés y específicamente por el de consumo.

Es decir que, en rigor, durante un largo período las cooperativas de los diferentes países carecieron de un ámbito efectivamente mundial y ecuménico para la coordinación de sus esfuerzos.

Es recién a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial que se produce un gran cambio. Sin duda, tras la culminación de la Segunda Gran Guerra se produjeron en el mundo profundas transformaciones: el nazismo fue derrotado, se desmoronó el sistema colonial del imperialismo, surgieron nuevos países, se amplió el sistema socialista en Europa. Todo esto no podía dejar de influir sobre la estructura del propio movimiento cooperativo. Es así que se inicia un proceso en el cual se incorporan las organizaciones cooperativas de las naciones del Tercer Mundo, al igual que muchos de los países socialistas. Más recientemente, con el ingreso del cooperativismo de la República Popular China y de Corea del Norte, el número de asociados que contabiliza la ACI supera los 500 millones.

Puede apreciarse, entonces, como esta nueva conformación del mundo tiene su reflejo en el máximo foro del cooperativismo mundial.

Justamente, en el transcurso de estos cambios, en esa nueva realidad y, por que no decirlo, como resultado de su acción consecuyente y afirmada en sólidos principios, el Instituto Movilizador es incorporado a la Alianza como miembro pleno, diez años después de haber presentado la solicitud de asociación.

Parece ser que en ese lapso adquirimos la mayoría de edad, y ya para entonces habíamos ganado -con prédica y con lucha- un espacio de prestigio dentro y fuera del país.

En esta alianza, compañeros, que actualmente constituye un nucleamiento pluralista que reúne a los cooperadores de los tres mundos -el capitalista desarrollado, el socialista y el tercero, o sea el nuestro- comenzará a debatirse desde mañana cuestiones claves para el futuro del movimiento. Estoy hablando, claro está, de los valores básicos de la cooperación. O sea, de los principios morales, éticos, políticos -en el más amplio sentido de la palabra- con que conmueven las instituciones frente a la realidad de la sociedad en que están inmersos y del mundo contemporáneo. Son, por añadidura aquellos principios con los que se desenvuelven quienes integran las cooperativas y, en particular, quienes las dirigen. En este importantísimo debate, en el que nosotros participamos con una propuesta que durante los dos últimos meses han analizado y discutido gran cantidad de asociados a nuestras entidades adheridas, surgen interrogantes a los que habrá que dar respuesta.

Por ejemplo: ¿en qué medida los principios y valores esenciales de la cooperación -es decir, el fondo ético del cooperativismo- se están aplicando en la práctica, en la vida de las instituciones? ¿Y si no se están aplicando, cómo hacer para aplicarlos? Y si se están aplicando mal, ¿cómo hacer para corregir el rumbo?

Por supuesto que un análisis de esta naturaleza no se puede hacer en abstracto.

Debemos recordar, en primer lugar, que las cooperativas surgen como consecuencia del desarrollo capitalista de la sociedad, aparecen en un momento particular de ese desarrollo, el de la revolución industrial, que al incorporar la máquina a la producción en escala, provocó al mismo tiempo un crecimiento económico desconocido hasta entonces, paralelamente con un agudo empobrecimiento de vastos sectores de la población, en especial de los obreros.

Ya durante la etapa previa a Rochdale, entre 1750 y 1844, surgieron expresiones cooperativas como una forma de asociación y defensa de trabajadores, campesinos y artesanos, como parte de la lucha económica que libraban contra sus explotadores.

Comenzaban a tomar cuerpo las ideas de Owen, Saint Simon y Fourier -entre otros ilustres utópicos- que aspiraban a la transformación de la sociedad para la redistribución de la riqueza, y asegurar de ese modo un futuro de bienestar para todo el pueblo.

Esa reivindicación es la que luego impregnará al movimiento cooperativo de su esencia solidaria, de su ética de la ayuda mutua y el esfuerzo propio, y que nosotros queremos practicar en las circunstancias sociales, económicas y políticas concretas de la Argentina de nuestros días.

No debemos olvidar, en este regreso a las fuentes, que el cooperativismo argentino próximo ya a cumplir un siglo de existencia, tiene en su partida de nacimiento el sello de la lucha contra el monopolio y la explotación. Vemos sino los ejemplos memorables del cooperativismo agrario, con El Grito de Alcorta, en 1912; la lucha del cooperativismo eléctrico, que tuvo lugar en Punta Alta, provincia de Buenos Aires, también en las primeras décadas de este siglo.

O la unión de los tamberos de Santa Fe y Córdoba, hace más de cincuenta años, que a través de SanCor lograron desalojar del mercado argentino al monopolio lechero de la Dayrico River Plate.

Y, por supuesto compañeros, el nacimiento del Instituto Movilizador y toda su trayectoria, es una muestra elocuente de la lucha de los sectores de la pequeña y mediana empresa contra el monopolio financiero.

Pero, en este proceso de revalorización de los fundamentos éticos de la cooperación, no podemos dejar de señalar los diferentes caminos recorridos por estas entidades en nuestro país y en el mundo.

Es que las cooperativas, si bien constituyen una forma de organización social para la defensa de los derechos económicos de sus asociados, no pueden escapar a las reglas de juego predominante del medio en el que actúan. En nuestro caso, el capitalismo dependiente.

Más aún, a pesar de la profunda vocación solidaria de sus dirigentes -y me estoy refiriendo concretamente a las entidades adheridas al Instituto Movilizador- no pueden impedir que en su interior se reflejen y reproduzcan las relaciones sociales propias del capitalismo dependiente.

Al decir esto, queridos compañeros, no estamos invalidando las cualidades del cooperativismo, sino que procuramos tener mayor claridad para saber cuál es el papel del movimiento y cuál debe ser su contribución al necesario proceso de cambio que demanda nuestro país.

Queda claro que este no es un debate académico, por el contrario, es un imperativo que surge de nuestra propia conciencia y, sobre todo, del conjunto del campo popular. Fíjense ustedes, por ejemplo, lo que ocurre en el más que centenario y tradicional cooperativismo de Europa.

Allí los cooperadores se encuentran abocados al estudio de las consecuencias que para ellos significará la política de desregulaciones y fusiones; en otras palabras, el impacto que les va a producir el acelerado avance de la concentración y la centralización de la economía en la Comunidad Económica Europea.

Algunos ya tomaron la decisión y se han ubicado como asociados de las grandes centrales capitalistas, como si realmente tuvieran intereses en común. Parecen olvidar que organizaciones de la magnitud del cooperativismo de consumo francés, están virtualmente quebradas como consecuencia de la acción monopólica transnacional.

Olvidan, evidentemente, que en su proceso de avance hacia la concentración, los monopolios no respetan ni siquiera a sus pares, y menos aún a las cooperativas a las cuales tienden a desplazar o simplemente a eliminar del mercado.

Vemos también, sin necesidad de hacer menciones con nombre y apellido, cómo ese tipo de fenómenos se reproduce de igual manera en la Argentina. Entonces, queda clara nuestra tesis en el sentido que las cooperativas han recorrido dos caminos diferentes: uno de ellos es el de la adaptación al medio, al sistema predominantemente hostil en el ámbito que nos preocupa. El otro camino, el que estamos recorriendo con firmeza, desde 1958, es el de resolver con eficacia las exigencias económicas de la empresa, pero conservando la fidelidad al ideal transformador y participativo que se encuentra en las fuentes de la cooperación.

Así concebida, la cooperativa es -tal como lo sostenemos en la declaración del día de la fecha- un instrumento para la acción mancomunada con otros sectores de la sociedad, hacia la construcción de un modelo económico y social que asegure la democracia, la justicia distributiva y el bienestar para todos los habitantes.

Es una herramienta para desarrollar una eficaz labor docente, de verdadero esclarecimiento cívico, que ayude a comprender, como lo demuestra la experiencia histórica, que el futuro del cooperativismo está estrechamente vinculado a la nación misma. Todo lo que obstaculice el desarrollo de país atenta contra el movimiento cooperativo. Por ello sostenemos nuestra obligación de cooperativistas de participar activamente, tanto en el planteo de los problemas que hacen al interés social, cuanto a contribuir, junto a las demás fuerzas del campo popular, a promover las soluciones de tales problemas.

Para decirlo en otras palabras, valoramos a las cooperativas no sólo por su aptitud para prestar servicios, sino sobre todo porque pueden y deben contribuir a sumar conciencias y voluntades para edificar una sociedad más justa.

Compañeros:

Nuestro pueblo, América Latina toda, vive momentos de excepcional significación.

Muy próximos a concluir una década y cerca también de finalizar el siglo, persisten aún -y se agravan, incluso- aquellas causas que hace más de ciento cincuenta años impulsaron a la lucha por la independencia de nuestro pueblo.

Hace muy poquitos días, el miércoles 25 de mayo, nosotros rendimos tributo precisamente a aquellos argentinos ilustres que consagraron su vida y su obra en defensa de la independencia nacional.

Es ese pensamiento, esa herencia patriótica la que nosotros queremos recoger y exaltar en vísperas de una nueva celebración del 9 de Julio.

Es ese mismo ideario el que nos debe inspirar para nuestras decisiones ciudadanas.

Porque estamos ya ante una nueva contienda electoral y, como siempre, renacen las expectativas y las esperanzas.

Los que como yo peinamos canas, estamos curtidos por tantas promesas incumplidas, por tantas soluciones postergadas. Y lo que es peor aún, vemos cómo la propia juventud se frustra a poco de apostar sus mejores anhelos tras aquellas banderas justas que terminan de flamear ni bien se cierra el comicio.

Creo, entonces, amigos cooperativistas, que tenemos un gran desafío por delante. Es el desafío de actuar con imaginación, de ratificar nuestra vocación protagónica y de cambio y de ayudar a construir la palanca que enderece la historia y nos permita edificar la Argentina liberada, para nosotros, para la posteridad, y para todos los que estamos convencidos que el país se hace desde adentro, o no se hace.